



EL ESPÍRITU SANTO, SEÑOR Y DADOR DE VIDA

## EL ESPÍRITU SANTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El Antiguo Testamento no utiliza ningún término técnico para referirse a la Revelación; sin embargo, es común en él la idea de que Dios se ha dado a conocer, de modo particular por medio de sus intervenciones en la historia.

Antes que nada, hay tener bien presente que la Revelación en el Antiguo Testamento es, sobre todo y de modo prevalente, la manifestación de la acción liberadora de Dios. Es decir: la manifestación de Jahweh es, en definitiva, inseparable de la realización de su designio salvador.

A continuación, consideramos los principales términos hebreos utilizados para hablar del espíritu, y en concreto del Espíritu de Dios.

### 1. El vocabulario del Antiguo Testamento

La Biblia hebrea habla del Espíritu de Dios con el término "rûah" y, en particular, ¿con la forma "rûah JHWH". El término atraviesa toda la Escritura, y aparece en todos los grupos de libros del Antiguo Testamento. Sin embargo, su uso alcanzó el punto culminante en época postexílica.

La palabra rûah tiene en hebreo dos significados básicos: aliento vital y viento.

En ambos casos, el término indica una realidad dinámica, subrayando precisamente esa dinamicidad.

- Así, en el caso del viento, lo presenta en su carácter de fuerza o ímpetu que pone en movimiento otras cosas.

- En cuanto al aliento vital, designa, por contraposición a la debilidad de la carne (basar, cfr. Gn 6,3; Is 31,3), la vitalidad de la persona, que es un don de Dios.

Los libros del Antiguo Testamento que fueron escritos en griego usaron para hablar del espíritu el término "pneuma". La misma palabra griega sirvió en la LXX para traducir un tercio de las recurrencias del término rûah, en particular las que tenían que ver con su significado específicamente teológico.

### 2. La dimensión cósmica del espíritu de Dios

El Antiguo Testamento entiende desde el inicio la rûah JHWH como una fuerza impersonal, que presenta diversas dimensiones.

- En primer lugar, es una fuerza que actúa en el mundo natural. No siempre es posible distinguir en este caso el uso específicamente teológico de rûah JHWH de su uso como 'viento', pues, en general, en el Antiguo Testamento el viento es un instrumento en manos de Dios, que dispone de él inmediatamente. Así se observa, por ejemplo, en los relatos del Diluvio o del paso del Mar Rojo (Gn 1 0 8 ,1; Ex 14,21; 15,8-10).

- Los vientos son, por otra parte, los mensajeros de Dios (Sal 104,4); ellos llevan su palabra y realizan sus designios (Sal 33,6; 148,8). El viento es, en fin, quien ejerce sobre las criaturas la soberanía divina (Sal 104,29-30; 1 47,18).

Para el hombre, en cambio, permanece como una fuerza invisible, imprevisible e indisponible.

1. Como instrumento en manos de Jahweh, el viento impetuoso es uno de los elementos que confluyen en algunas de las teofanías en que Dios se manifiesta en su poder por medio de las fuerzas de la naturaleza (Sal 77,11- 2 1; Is 30,27-33; Ez 1,4; también Dn 7,2).

En otros casos, rûah significa el aliento de Dios, que puede indicar el furor de Dios y su ira castigadora, manifestándose en el viento del desierto (Os 13,15; Is 30,27-33; Sal 18,8-1 6; Job 4,9; 15,30; et al.).

Concretamente, en los anuncios mesiánicos, aparece ligado al juicio divino y a la purificación que tendrán lugar entonces (Is 27,8; Jer 13,24; et al.).

En todo caso, el espíritu de Jahweh obra siempre según el designio sapiente de Dios.

2. El motivo del aliento de Dios indica también en la Escritura la fuerza creadora de Jahweh, particularmente en cuanto Él es quien da la vida y la conserva. Éste es, de hecho, el uso más específicamente teológico de rûah JHWH'. Veámoslo con más detalle.

El relato de la creación presenta un viento de Dios que «aleteaba por encima de las aguas» (**Gn 1,2**). La narración no le concede después un papel particular, pues la palabra toma el protagonismo. Sin embargo, el Espíritu vendría a ser el poder creador de Dios, quien hace la creación al tiempo que la dice.

Al volver de nuevo su atención sobre la creación, la literatura profética y sapiencial de Israel establece un paralelismo entre la palabra y el aliento poderoso de Dios.

El paralelismo más claro lo encontramos en el Salmo 33, cuando canta: «Por la palabra (*dabar*) de Jahweh fueron hechos los cielos, / por el aliento (rûah) de su boca todos sus ejércitos» (Sal 33,6).

La rûah sería la potencia que, como el soplo de la boca, lleva al mundo las palabras creadoras de Dios.

El papel del Espíritu en la creación se desarrolló también a partir de la idea del Dios que da la vida por medio de su aliento.

Según dice el Génesis: «Jahweh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida (nešamah), y resultó el hombre un ser viviente (nefeš)» (Gn ,7).

→ Es interesante en estos textos la contraposición entre espíritu y carne.

- El primero no se distingue de ésta como lo inmaterial de lo material, sino que la rûah es un principio que proviene de Dios, está en el origen de la vida, y se caracteriza por su dinamicidad, por su poder.

- La carne se le contrapone no por su materialidad, sino por su debilidad, pues designa lo creado en cuanto en sí mismo es absolutamente impotente.

Toda fuerza que aparece en la creación depende de Dios, de su espíritu poderoso.

Volviendo al papel vivificante del espíritu, en la literatura sapiencial se extiende a toda la creación. Así, en la Sabiduría se afirma que el aliento de Dios está en todas las cosas (cfr. Sab 12,1), y que «el espíritu del Señor llena la tierra, lo contiene todo y conoce cada voz» (Sab 1,7).

→ No se hace ya, como en libros anteriores, el paralelismo entre el espíritu divino y su palabra creadora, pues en este libro el Espíritu se identifica con la Sabiduría de Dios, tanto en su aspecto antropológico-moral (cfr. Sb 1,5), como en su aspecto cosmológico.

El espíritu es, en resumen, la fuerza por medio de la cual Dios actúa en el mundo y, de ese modo, se da a conocer y revela su voluntad. Sus obras, y en particular la vida del hombre y las acciones poderosas en favor de Israel, manifiestan su poder.

### 3. La dimensión psicológica del espíritu de Dios: la inspiración

Como hemos visto, el viento y el aliento vital son fuerzas en que se revela la potencia de Jahweh, que obra por medio de su espíritu. En esto la religión de Israel no está lejos de la de otros pueblos vecinos.

Rasgo distintivo de aquella es presentar a Dios como agente que actúa en la historia de los hombres.

Si hoy, para el nosotros, el profeta es «el designado por Dios para hablar en su nombre», y la acción del espíritu de Dios consiste en una inspiración por la que recibe una revelación divina, el origen del profetismo en Israel y la irrupción del espíritu sobre los profetas tienen que ver más bien con ciertos raptos o comportamientos extáticos.

La cuestión decisiva será discernir la profecía auténtica, o sea, la que procede de Dios. Ésta se juzgará no por lo espectacular de sus manifestaciones, sino por el sucesivo cumplimiento de la palabra profética y por su conformidad con la Ley.

Por la siguiente parte, se vea el primer curso bíblico del año pastoral 2023-24: “Los profetas bíblicos”:

- 3.1 Los Jueces y la “profecía preclásica”
- 3.2 Los Reyes, los *nebi'im* y la “profecía clásica”
- 3.3 La profecía en la época exílica y postexílica
- 3.4 La *rûah* y la inspiración profética en los escritos posteriores y en el judaísmo

### 4. La acción del espíritu según los anuncios mesiánicos

Conviene ahora detenerse un momento en las promesas mesiánicas de los profetas, no sólo porque el uso del término *rûah* alcanza en estos textos su punto más alto, sino también porque el cristianismo se presentará como cumplimiento de la esperanza de Israel.

En los textos proféticos que anuncian la renovación mesiánica confluyen diversos elementos. Como viene dicho, se presenta una lectura de la historia del pueblo de Dios en clave profética, y se toma conciencia nuevamente de que el Dios de Israel es el mismo que ha creado todo: su acción poderosa se manifiesta en la creación tanto como en la historia de su pueblo (cfr. Sal 104; 105; Is 44,24-28; 42,5-9; 45,2-13).

También la acción de su *rûah* se extiende. Se afirma por una parte que, por su espíritu, Jahweh ha dado la vida a todo y todo lo mantiene en el ser; y por otra, se le atribuye la inspiración profética, la revelación de la voluntad de Dios.

El espíritu es presentado además como mentor o protector de Israel a lo largo de su historia, desde el éxodo de Egipto hasta el retorno desde Babilonia (cfr. Ne 9,20.29-30; Zac 7 ,12).

En este contexto aparece la expresión '**espíritu santo**', que indica la presencia poderosa de Jahweh en medio de su pueblo, capaz de obrar hechos prodigiosos en vistas a la salvación que le ha prometido (Is 63,11; cfr. 31,3).

La misma denominación aparece de nuevo para designar al espíritu como principio de vida moral, pero jugando en este caso el papel de guía no ya en relación con el pueblo, sino con el individuo (Sal 51,12-14; cfr. 143,10; Dn 4 6 1 3,45; Sb 1,5; 7,22; 9,17).

Los profetas del exilio y el postexilio anuncian que Dios salvará a Israel, al menos a un resto, y establecerá con él una nueva Alianza, caracterizada por una renovación moral que dará testimonio de la santidad de Dios.

En la inauguración de la nueva Alianza, la rûah juega un papel fundamental, que se desarrolla en torno a dos motivos:

- por una parte, se habla del espíritu que desciende sobre algunos hombres singulares, que darán comienzo a la nueva era;
- por otra, se anuncia su efusión sobre el pueblo entero.

En ambos casos se trata de un don permanente, como manifiesta adecuadamente el lenguaje usado en los anuncios: el espíritu desciende como una unción, como la lluvia o una aspersion... en definitiva, como un fluido que empapa lentamente y colma a aquellos sobre los que se derrama.

Como líder del nuevo Israel, los profetas presentan una figura compuesta, que reúne los rasgos del rey, del profeta, del sacerdote, pero en quien, en todo caso, descansa por la unción el espíritu de Jahweh (cfr. Is 11,1-6; 42,1-9; 6 1,1-3).

Isaías lo describe como el rey dotado de los dones necesarios para su gobierno: «Reposará sobre él el espíritu de Jahweh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Jahweh» (Is 11,2-3).

Dios pone su espíritu sobre su elegido, para que dicte la ley a las naciones (Is 42,1); el Mesías es también el profeta ungido para anunciar la buena nueva (Is 61,1; cfr. Dt 18,15; Mi 3,8). En definitiva, el espíritu de Dios se hace presente de nuevo en un hombre para darle a conocer y hacerle capaz de poner por obra cumplidamente el designio divino de salvación.

Por otra parte, los anuncios de salvación hablan del espíritu que descenderá sobre el pueblo entero. **Isaías** anuncia una Alianza perenne como fruto del don del Espíritu, que asegura la fidelidad a las palabras de Jahweh, es decir, a la revelación de su voluntad y, en definitiva, a su Ley (Is 5 9,21).

Más tarde, **Jeremías** habla de una restauración del pueblo, de una nueva Alianza, en la que el Señor renovará el corazón de Israel, y éste podrá finalmente cumplir sus preceptos (Jer 24,7; 31,33).

**Ezequiel** reúne estos dos motivos al proclamar que la renovación mesiánica tendrá lugar por el don del espíritu a los hombres, que será en ellos fuerza de purificación y como un nuevo principio de acción.

El proceso se da como en tres pasos:

- la purificación por medio de la aspersion del agua pura,
- la renovación del corazón por la infusión de un nuevo espíritu

- y, finalmente, el don del mismo espíritu de Jahweh, por el que los hombres pueden cumplir los preceptos divinos:

*<sup>24</sup>Los recogeré por las naciones, los reuniré de todos los países y los llevaré a su tierra. <sup>25</sup>Los rociaré con un agua pura que los purificará: de todas sus inmundicias e idolatrías los he de purificar. <sup>26</sup>Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. <sup>27</sup>Les infundiré mi espíritu y haré que caminen según mis preceptos y que cumplan mis mandatos poniéndolos por obra» (Ez 36,24-27).*

En todos estos casos, se entiende la efusión del espíritu como una fuerza transformadora; en particular, como una fuerza de purificación y de renovación moral y, en segundo lugar, como un acontecimiento profético.

De la mano del anuncio de la nueva Alianza, en el motivo del don de un nuevo espíritu al hombre, resuena también la idea de una re-creación.

Quizá la imagen más elocuente al respecto se encuentra en la otra conocida profecía de Ezequiel:

*«<sup>1</sup>La mano del Señor se posó sobre mí y el Señor me llevó en espíritu, dejándome en un valle todo lleno de huesos. <sup>2</sup>Me hizo pasarles revista: eran muchísimos los que había en la cuenca del valle; estaban resecos. <sup>3</sup>Entonces me dijo: «Hijo de hombre, ¿podrán revivir esos huesos?».»*

Contesté: «Tú lo sabes, Señor».

*<sup>4</sup>Me ordenó: «Profetiza así sobre esos huesos: Huesos secos, escuchen la Palabra del Señor. <sup>5</sup>Esto dice el Señor a esos huesos: Yo les voy a infundir espíritu para que revivan. <sup>6</sup>Les injertaré tendones, les haré crecer carne; tensaré sobre ustedes la piel y les infundiré espíritu para que revivan. Así sabrán que yo soy el Señor».*

*<sup>7</sup>Pronuncié la profecía que se me había mandado, y mientras lo pronunciaba, resonó un trueno, luego hubo un terremoto y los huesos se juntaron, hueso con hueso. <sup>8</sup>Vi que habían prendido en ellos los tendones, que brotaba la carne y tenían la piel tensa; pero no había espíritu en ellos.*

*<sup>9</sup>Entonces me dijo: «Llama al espíritu, llama, Hijo de hombre, diciéndole al espíritu: Esto dice el Señor: Ven, espíritu, desde los cuatro vientos y sopla en estos cadáveres para que revivan».*

*<sup>10</sup>Pronuncié el llamado que se me había mandado. Penetró en ellos el espíritu, revivieron y se pusieron en pie: era una muchedumbre inmensa.*

*<sup>11</sup>Entonces me dijo: «Hijo de hombre, esos huesos son toda la casa de Israel. Ahí los tienes diciendo: Nuestros huesos están secos, nuestra esperanza se ha desvanecido; estamos perdidos. <sup>12</sup>Por eso profetiza diciéndoles: Esto dice el Señor: Yo voy a abrir sus sepulcros, los voy a sacar de sus sepulcros, pueblo mío, y los voy a llevar a la tierra de Israel. <sup>13</sup>Sabrán que yo soy el Señor cuando abra sus sepulcros, cuando los saque de sus sepulcros, pueblo mío. <sup>14</sup>Infundiré mi espíritu en ustedes para que revivan, los estableceré en su tierra y sabrán que yo, el Señor, lo digo y lo hago, oráculo del Señor» (Ez 37,1-14).*

A su vez, el Salmo canta: «Si escondes tu rostro, desaparecen, les retiras tu soplo (rûah) y expiran, y retornan al polvo que son. Si envías tu aliento (rûah), son creados, y renuevas la faz de la tierra (Sal 104,29-30).

## En síntesis

La acción poderosa de Dios se manifiesta ya en la Creación, más tarde en la historia de la Alianza con Israel, y culmina en la nueva Alianza, que es como una nueva Creación.

La rûah es la fuerza transformadora en la que Jahweh realiza toda su obra.

De hecho, el espíritu aparece en el Antiguo Testamento como potencia por la que Jahweh crea el mundo, lo conserva y lo renovará; como fuerza por la que Dios interviene en la historia de los hombres y la gobierna, protegiendo a su pueblo Israel; como principio de conocimiento y como fuerza transformadora, fuente de vida moral y poder comunicado a los hombres en vista del cumplimiento de una misión.

Es, en definitiva, la fuerza por la que Dios actúa en el tiempo, desde su origen hasta su consumación. En efecto, el poder por el que Dios creó el mundo y todo lo que contiene es el mismo por el que salvó a Israel de Egipto (y de Babilonia) y por el que realizará la renovación definitiva en los últimos tiempos, sellando con los hombres una nueva y definitiva Alianza.

Es el Espíritu Creador, el Señor de la historia, el Dador de vida, de la vida física y de la santidad moral.

Los rasgos de la *rûah* que se van perfilando en el desarrollo de la Escritura – de lo que podríamos llamar la “teología del Antiguo Testamento” – y cristalizan en el judaísmo posterior, obedecen, en fin, a un proceso de interiorización del don del espíritu.

Comienza por las irrupciones arrolladoras y pasajeras, que llevan a acciones extraordinarias, y llega al anuncio de la difusión del espíritu como una unción que empapa y permea al hombre, renovándole en lo más íntimo y manifestándose en una vida o un gobierno santos, acordes a la voluntad de Dios.

Pero, por el cristianismo, este proceso alcanza su fin solamente en la revelación neotestamentaria.

